

## XIII domingo del tiempo ordinario

**Primera lectura:** 1ª Reyes 19, 16.19-21

**Segunda lectura:** Gálatas 5, 1. 13-18

**Santo Evangelio:** Lucas 9, 51-62

Sorprendido Pablo por la frase que aparece en Isaías escribe en la carta a los Romanos: "Isaías llega a afirmar: me he dejado encontrar incluso por aquellos que no me buscaban; me he manifestado a aquellos que no se dirigían a mí" (Rm 10, 20).

El apóstol era consciente de esta verdad, porque su vida había sido radicalmente cambiada por una repentina irrupción de Dios mismo que lo había conquistado como el mismo Pablo confiesa a sus queridos filipenses (Flp 3, 12). La vocación que hoy se nos presenta, y que está estructurada en cuatro mini-narraciones bíblicas tiene en su origen una acción de Dios: ante todo está la Palabra que irrumpe en las tinieblas y hace resplandecer su luz, que rompe el pasado y abre un nuevo horizonte.

✓ La primera escena:

**La vocación de Eliseo**, discípulo y heredero del gran profeta Elías. El manto es el símbolo del **don profético**: se lo tira sobre la espalda como una investidura, y desde aquel momento la vida de Eliseo que era un campesino de Abel Mecolá, una aldea de la Trasjordanía, es cambiada por completo. El único espacio libre que se le deja es el de la despedida de su clan con una comida preparada con el fuego de su propio arado que era el símbolo de su antigua profesión. Después, delante a Eliseo se abrirá para siempre el horizonte nuevo, luminoso y atormentado de la misión profética.

✓ La segunda escena:

La presenta Lucas con esta narración de la vocación que se extrae del texto leído en la liturgia; en el centro encontramos un dicho de Jesús dirigido a un aspirante anónimo a ser discípulo: "*Ninguno que pone la mano en arado y luego mira hacia atrás, es digno del reino de Dios*". El arado, símbolo del trabajo abandonado por Eliseo, se vuelve ahora signo del nuevo trabajo del apóstol "**Cultivadores de hombres**" (a orillas del lago, Jesús habló de pescadores de hombres). Sin embargo, hay una diferencia muy relevante entre las dos narraciones de vocaciones: en la llamada por el Reino propuesta por Cristo no hay espacio para las despedidas de los parientes y aquellos de casa, el pasado se rompe completamente pues quien entra en el Reino de Dios debe cumplir con una elección radical y total. Hay un fuego incontrolable que se le tira encima al discípulo y que lo quema y que la fuerza humana no logra quitar y se vive sólo si se deja quemar.

✓ La tercera escena:

En esta atmósfera de fuego están sumergidos los otros dos relatos de vocación que hoy el evangelio presenta. La tercera escena gira en torno a la **separación de las cosas** y de los apoyos materiales. Cristo es un nómada extremadamente pobre, no tiene ni donde reclinar la cabeza, ni una piedra para

almohada, es más miserable que los zorros y los pájaros del cielo que al menos tienen una cueva o un nido.

✓ La cuarta escena:

Esta escena exalta la **separación de los afectos**. Aunque sean legítimos y preciosos no deben convertirse en obstáculos; desde este punto de vista, Jesús expresa su pensamiento con una afirmación paradójica formulada en un perfecto estilo semítico, un estilo que usa colores fuertes y declaraciones explosivas: “*Deja que los muertos entierren a sus muertos...*”

Las tres vocaciones que presenta Lucas están enmarcadas en un contexto, y es que el evangelista subraya el hecho de que a Jesús se le van cumpliendo los días en que será quitado de este mundo y se dirige hacia Jerusalén. Dos son los datos que se deben señalar aquí: ① Lucas inaugura aquí una larga marcha de Jesús hacia Jerusalén que terminará diez capítulos después, ocupando así el corazón de todo el evangelio. Es un itinerario no solamente geográfico o espacial, sino principalmente espiritual y teológico hacia el destino último del Mesías; Jesús está “actuando” su vocación y el discípulo que lo sigue es también invitado a imitar al maestro.

② En la frase introductoria del evangelio de hoy (Lc 9,51 “*Y sucedió que cuando se cumplían los días de su ascensión, Él, con determinación, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.*”) encontramos otro dato relevante, la mención de la gloriosa ascensión que sellará el evangelio y todo el itinerario terreno de Jesús; de hecho, el término griego (ἀναλήμψεως) traducido como “ser quitado del mundo” significa literalmente la ascensión en Dios.

También Cristo entonces tiene una precisa vocación, la de la cruz en Jerusalén; hacia ella se dirige decididamente con la totalidad del ser que Él también exige al discípulo. Pero su peregrinar no tiene como meta última el monte del Gólgota, Lucas nos recuerda que la última meta de aquel itinerario es el monte de los Olivos, el monte de la Ascensión, es decir, **la Gloria**.

Nuestra vocación no es, por tanto, un dejar algo para perderlo, sino un perder algo para encontrar otra cosa; no es una fanática consagración a un destino, sino la elección de un camino hacia la esperanza y al interior de un plan que Dios ha trazado.